

Lun

8 Ago

Homilía de Santo Domingo de Guzmán

Año litúrgico 2021 - 2022 - (Ciclo C)

“¡Qué hermosos los pies del que anuncia la Buena Noticia!”

Introducción

El santo fundador de la Orden de los Predicadores, más conocida como 'los dominicos', es más bien desconocido entre la inmensa mayoría del pueblo cristiano. Poco importan los motivos, pero así es. Domingo, que así se llamaba, al que la tradición le añadió 'de Guzmán', nació en un pueblo de Castilla (España) a finales del siglo XII cuando buena parte de lo que hoy llamamos España era multirracial y de religión musulmana. Domingo nació en una zona donde ya los cristianos habían desplazado a los musulmanes décadas atrás y se encontraba en pleno proceso de repoblación. Es muy posible que 'la nobleza' de la familia de Domingo estuviera vinculada a los caballeros militares que participaron en esas lides. Sin embargo, él, como sus hermanos, por carácter e influencia de su madre, Juana, fueron educados en una sincera y profunda piedad cristiana, dedicándose todos ellos al servicio de la Iglesia en distintos ministerios.

Domingo fue educado desde su más tierna infancia para ser un eclesiástico. Toda su formación estuvo impregnada por los valores del Evangelio y el amor a la Iglesia. Al igual que le sucedió con Jesús en el hogar de Nazaret, donde aprendió a saber de su verdadero Padre y donde vivió hasta que llegó el tiempo de darse a conocer al mundo, Domingo, vivió desde pequeño en la piedad y temor del Señor, estudió la Palabra de Dios, dejándose seducir por ella, practicando obras de caridad y consagrándose al servicio de Dios y de la Iglesia como sacerdote. Se encontraba sirviendo en la catedral del Burgo de Osma cuando fue invitado por su obispo a que lo acompañase a un largo viaje al Norte de Europa. Aquel viaje supondría un giro en su vocación y tendría consecuencias importantes en la espiritualidad cristiana europea del siglo XIII con el surgimiento de la Orden de los Predicadores y la forja de la espiritualidad mendicante, junto a los franciscanos.

Lo que caracterizó a Santo Domingo fue su enorme amor y sensibilidad a la Palabra de Dios y su pasión por la predicación evangélica. Amor a Dios y pasión por la predicación del Evangelio vividos con autenticidad en la Iglesia. Es en el seno de la Iglesia donde se recibe la Palabra de Dios; es en, con y desde la Iglesia, donde se difunde y dilata el conocimiento y la predicación del Evangelio, es la Iglesia la que predica, por medio de sus miembros, con palabras, obras y gestos, y es la enviada al mundo para dar a conocer la salvación de parte de Dios.



Fray Manuel Jesús Romero Blanco O.P.
Misionero dominico en la Amazonía peruana

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 52, 7-10

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que proclama la paz, que anuncia la buena noticia, que pregoná la justicia, que dice a Sion: «Tu Dios reina!». Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sion. Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, porque el Señor ha consolado a su pueblo, ha rescatado a Jerusalén. Ha descubierto el Señor su santo brazo a los ojos de todas las naciones, y verán los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios.

Salmo

Salmo 95, 1-2a. 2b-3. 7-8a. 10 R/. Contad las maravillas del Señor a todas las naciones.

Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra; cantad al Señor, bendecid su nombre. R/. Proclamad día tras día su victoria. Contad a los pueblos su gloria, sus maravillas a todas las naciones. R/. Familias de los pueblos, aclamad al Señor, aclamad la gloria y el poder del Señor; aclamad la gloria del nombre del Señor. R/. Decid a los pueblos: «El Señor es rey: él afianzó el orbe, y no se moverá; él goberna a los pueblos rectamente». R/.

Segunda lectura

De la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo 4, 1-8

Querido hermano: Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y a muertos, por su manifestación y por su reino: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina. Porque vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus propios deseos y de lo que les gusta oír; y, apartando el oído de la verdad, se volverán a las fábulas. Pero tú sé sobrio en todo, soporta los padecimientos, cumple tu tarea de evangelizador, desempeña tu ministerio. Pues yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que hayan aguardado con amor su manifestación.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 13-19

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celerín, sino para ponerla en el candelero y que alumbe a todos los de casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos». No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. En verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que dejé de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos.

Pautas para la homilía

Los pies del mensajero

En algún momento de su ministerio público, Jesús envió a algunos de sus seguidores a predicar la Buena Nueva del Evangelio a diversos lugares y entre las recomendaciones que les dio fue que solo llevaran consigo para el viaje misionero lo puesto y que se entregaran a la Providencia de Dios. En tiempos de Jesús la mayoría de los viajes se hacían a pie. En esos desplazamientos a pie era seguro que te ibas a encontrar en el camino con otros. Los encuentros entre caminantes propiciaban conocer a nuevas gentes. Un personaje frecuente en aquellos caminos eran los mensajeros que llevaban y traían noticias, cartas, documentos, etc., una especie de correos ambulantes que ponían en relación personas, ciudades... Unos mensajeros eran portadores de buenas noticias a donde se dirigían y otros no tanto.

Jesús también se valió de este medio, los mensajeros, para darse a conocer y difundir su mensaje. Y es en esta clave donde siglos después de Jesús, en el siglo XIII, van a surgir los frailes mendicantes, dominicos y franciscanos, por los caminos de Europa imitando la vida de los Apóstoles. El fraile mendicante, a diferencia de los monjes, es un mensajero enviado, portador de un mensaje religioso, que vive de la Providencia de Dios y de la caridad; predica con la palabra y con el ejemplo una vida pobre y sencilla

Santo Domingo dejó su cómoda y asegurada vida en una iglesia-catedral (Burgo de Osma) y se lanzó por los caminos del sur de Francia a llevar el Evangelio a pie, muchas veces literalmente descalzo, donde experimentó la Providencia de Dios y la caridad de las gentes. Con su palabra y con su vida mendicante predicó de manera sencilla y eficaz la salvación de Dios llevando a todos la alegría del Evangelio y el consuelo de la Palabra de Dios.

Si estos callan, gritarán las piedras

Predicar la Palabra de Dios es misión y tarea de todo cristiano. Todos estamos invitados a dar testimonio del paso de Jesús por nuestras vidas. La Iglesia nace, se difunde y crece por la fuerza del testimonio de hombres y mujeres que, con gozo y alegría evangélicas, dan a conocer con la palabra y con sus vidas su encuentro con el Señor vivo y presente por medio de su Espíritu. La tarea fundamental de la Iglesia es evangelizar. Pablo lo expresaba de forma muy viva y expresiva: ¡Ay de mí, si no anuncio el Evangelio!

En tiempos de Santo Domingo, fuera de los monjes, los eclesiásticos, de algunos laicos de sólida formación y de algunos pocos más, la Palabra de Dios era desconocida para la mayoría del pueblo cristiano, que alimentaba su fe con leyendas piadosas sobre santos, jaculatorias, avemárias y el paternóster. Desde el siglo XII muchos cristianos, sobre todo en los burgos y ciudades, reclamaban conocer la vida de Jesús e imitarla. Santo Domingo, y luego los dominicos, recogerán esta inspiración del pueblo y se entregarán con pasión a la predicación evangélica tal como leían en el Evangelio y en los Hechos de los Apóstoles.

La imitación de la vida apostólica, la recreación del entusiasmo misionero de los inicios del cristianismo, el sincero deseo de la salvación, el redescubrimiento de la centralidad del Espíritu Santo y el surgimiento de la espiritualidad mendicante, están en la base de una nueva lectura de los Evangelios y de una nueva moral. Los cristianos, de entonces y de hoy, hemos de beber en las cristalinas fuentes de la tradición evangélica y desde ahí situarnos como luminarias en un mundo atravesado por la indiferencia religiosa.

Dar plenitud

Jesús, el Hijo de Dios, no vino a abolir la religión judía, la Ley y los Profetas, sino a recordar que en el cimiento de la Alianza de Dios con los hombres se encuentra la bondad y la misericordia de Dios. El peligro y tentación del cristianismo es convertirse en una mera religión formal y ritualista como acabó convirtiéndose el judaísmo en tiempos de Jesús, desprovista de lo más fundamental de toda religión: la experiencia viva y personal del encuentro con Dios misericordioso. No hay plenitud religiosa sin expectativa ni deseo de ver y estar con Dios.

Santo Domingo supo salir de su área de confort y bienestar para dirigirse hacia aquellos que, en su error, pero de forma sincera, buscan al Dios vivo y verdadero. Se dio perfecta cuenta que si la predicación del Evangelio no va acompañada de una vida coherente no sirve para nada, como la sal insípida. Esa coherencia la relacionó con la práctica de la pobreza voluntaria, con la construcción de relaciones de fraternidad y con una vibrante predicación en las fronteras de la fe. Sin duda que se hubiera identificado con el llamado del Papa a una “Iglesia en salida”.

La plenitud religiosa de la que habla Jesús, y que Santo Domingo se esforzó en construir, es el amor. Las metáforas de ser sal y luz que Jesús usó en su predicación están relacionadas con los elementos discretos, pero indispensables, para una vida plena. La sal sin sabor se vuelve polvo estéril y una luz que no ilumine en un obstáculo. Toda nuestra vida, lo que hacemos o lo que dejamos de hacer, es referencial para nosotros mismos y para los demás. Jesús vino al mundo para compartir nuestra suerte, liberarnos del pecado y por nuestros pecados murió en una cruz. Según los testigos del proceso de canonización, Santo Domingo fue un hombre compasivo y cercano a la vida de los demás y como Jesús, según sus fuerzas, pasó por este mundo haciendo el bien. Es la gran herencia que dejó a los dominicos, a la familia dominicana y a la Iglesia universal.

Que él interceda a Dios por todos nosotros. Que la Virgen del Rosario nos proteja de todo mal.



Fray Manuel Jesús Romero Blanco O.P.
Misionero dominico en la Amazonía peruana

No tenemos publicado Evangelio para niños para este día.